
EL CAMINO RELIGIOSO ES UN SENTIR

Mariano Corbí

El camino religioso no es mitigar el impacto de la realidad que nos rodea, ni es huir de este mundo. El camino religioso, también llamado camino interior, no es huir hacia adentro. No es huir en ninguna de sus formas. Cualquier forma de huida de la realidad del mundo que nos rodea, y que nosotros mismos somos, es una desviación; si la huida es fuerte o radical, el error en el camino interior puede ser completo.

El llamado camino religioso es el camino que hay que recorrer para apreciar la presencia de las cosas; caminar, en ese sentido, es hacerse capaz de advertir y reconocer la presencia plena, fuerte, rica y elocuente de todas las cosas.

El camino interior es el camino de la transformación que se precisa para hacerse apto para sentir la presencia plena de todas las cosas. La presencia de las cosas es el *estar simplemente ahí* de las cosas.

Hay que aprender a hacerse plenamente presente a *todo esto de aquí*, para que *todo eso* se haga presente en mí, con toda su autonomía.

El camino religioso tampoco es el camino de la sumisión a unas formas sagradas de interpretar la realidad, de las que se derivan unas formas sagradas de comportarse y organizarse.

Sabemos que todas las formas de interpretación que utilizan las tradiciones religiosas son construcciones nuestras para programar nuestra vida individual y colectiva. Sabemos que todas esas construcciones en las que se expresan las grandes tradiciones religiosas son sólo patrones de simplificación de la

realidad a fin de poderla articular en función de nuestras necesidades individuales y colectivas.

Siempre que nos sometemos a formas sagradas que se dicen bajadas del cielo, nos sometemos, en realidad, a nuestras propias construcciones.

Cuando las sociedades desarrolladas se ven empujadas a tener que vivir de la innovación continua en el seno de organizaciones inteligentes, es imposible someterse a creencias que son fijaciones de las interpretaciones, valoraciones, modos de vida y organizaciones.

Por tanto, ni el camino religioso es una huida ni puede ser una sumisión.

El camino religioso es un sentir; es el camino de las transformaciones del sentir, donde sólo el sentir es la guía.

Hay que aclarar qué se quiere decir cuando se afirma que *el camino religioso es un sentir*.

Tener sentimientos con las cosas, no es la cuestión; esos sentimientos no son el *sentir* de que estamos hablando.

Los sentimientos con las cosas, tales como: esto me gusta o no; me da placer o no; lo quiero o lo detesto; me da felicidad o desdicha; saco algún tipo de provecho de ello o perjuicio; esto me pertenece, pertenece a mi entorno o no; vivo de ello o no, etc. no forman parte del ámbito del sentir que nos hace penetrar en el mundo interior.

Para poderse encontrar con el "sentir" de que estamos hablando hay que lograr escaparse, primero, de la sensibilidad que gobierna nuestra vida cotidiana; es decir, hay que librarse

de los patrones de vibración frente a las cosas articulados según los intereses y necesidades limitadas y repetitivas del yo. Hay que liberarse, en segundo lugar, de todas las formas de representar y sentir lo religioso propio de las sociedades agrarias y autoritarias.

Hay que escaparse de todos los sentires egocentrados y de todos los sentires muertos, apoyados en imágenes exangües del pasado que ya no reciben aportes de poder y de vida.

Nuestro sentir cotidiano es la vibración de nuestra carne frente a lo que tiene alguna relación con el sobrevivir, como individuo y como especie.

Pero hay un sentir que va más allá de esa computación interesada de nuestra carne. Hay un sentir las cosas gratuito y gozoso.

Ese sentir que ya no es *sentir desde la necesidad* ni es, por tanto, el sentir de un yo, es el testimonio ya no personal si no universal de *esto que yo soy*, frente a *todo eso*. La carne, nuestra carne, se conmueve frente a lo que se le pone delante no porque necesite algo o consiga algo, sino porque es carne capaz de conmoverse y porque *eso que hay ahí* está ahí y le sacude a uno.

Cuando el sentir no está vuelto sobre sí mismo sino que está lanzado, con todo su interés, hacia fuera, entonces, el sentir es la guía del comprender. El sentir que no está vuelto sobre mí mismo, el sentir que no está sólo interesado en mí mismo sino que está vuelto hacia fuera, porque el interés por las cosas le arrastra hasta el punto de hacerle olvidarse de sí mismo, ése es un *sentir-guía*.

¿Qué quiere decir, en concreto, que el sentir es la guía?

Cuando el sentir es centrípeto, el yo sólo se reconoce a sí mismo, aunque afirme solemnemente lo contrario. Quien sólo está interesado en sí mismo, no encontrará jamás más que a sí mismo; nunca se topará realmente con las cosas y menos con Dios.

Cuando se consigue un sentir centrífugo, entonces, sentir algo es reconocer algo. El sentir que se descentra reconoce lo que le rodea. Cuando se siente algo se reconoce algo y reconocer no es concebir ni interpretar, sino testificar una presencia. Reconocer es ser testigo de la presencia de *eso de ahí*. Cuando soy testigo de la presencia de un ser vivo o de una persona, lo que realmente importa no es la idea que yo logro hacerme de ese ser vivo y de esa persona; lo importante es sentir y testificar su presencia.

Puedo utilizar los conocimientos que ya tengo y las concepciones que he logrado construir sobre ese ser vivo o esa persona que se me hace presente; incluso puedo intentar acrecentar esos conocimientos y representaciones con tal de que estén al servicio de la comprensión del peso y calidad de esa presencia.

Si mi atención se desplaza de la presencia del ser vivo o de la persona a su concepción e interpretación, en ese desplazamiento se diluirá la fuerza del sentir. Si la fuerza del sentir disminuye, se vuelve ciego; sólo el sentir vibrante por la energía y el calor es luz y comprensión.

Quien deja que se le debilite y empobrezca el sentir, aunque parezca vivo, está muerto, y aunque parezca de acero no tiene ni la consistencia del barro. Quien tiene un sentir

débil va por el mundo sin guía. Hay que cuidar y nutrir el sentir, como quien cuida y nutre al guía.

Los conceptos, las teorías, las representaciones, los mitos, los símbolos y las creencias no son guías válidos. Todas esas formas de interpretación de las realidades pueden ser útiles si conducen al sentir, lo enriquecen y lo orientan, si se convierten en pedagogos del sentir.

Someterse a creencias, interpretaciones, mitos y símbolos no sirve para nada y, encima, resulta perjudicial porque la sumisión atrofia las antenas del sentir y lo fija. La sumisión será útil cuando se ponga total, completa y exclusivamente al servicio del aprendizaje del sentir.

Para que se puedan utilizar creencias, mitos y símbolos para aprender a sentir hay que usarlos de una determinada manera: hay que utilizar sus formas sin someterse a ellas; hay que someterse a las creencias, mitos y símbolos sólo para ser conducidos por ellos a lo que da la posibilidad y el poder de abandonarlos, de liberarse de ellos. Lo que da la posibilidad y el poder de liberarse de todas las creencias, mitos, símbolos y representaciones es la experiencia inmediata y plena de *todo esto que aquí viene*, de toda la realidad que nos rodea.

La interpretación de las cosas interesa para conducirnos a ellas y poder sentir todo el peso de su presencia. Lo que nos interesa es sentir la presencia completa de las cosas, no la interpretación que hacemos de ellas. Y no interesa la interpretación que de las cosas hacemos porque siempre, mucho o poco, tendemos a hacerla según nuestras medidas y según los patrones que nuestras necesidades nos imponen.

Cuando lo que interesa son las cosas mismas y no la utilidad que de ellas podamos sacar; cuando el conocimiento que tenemos de las cosas se interesa por la calidad de su realidad, entonces estamos atrapados por el interés por todo lo que nos rodea, entonces nos seduce la presencia misma de *las cosas que están aquí con nosotros*. Cuando lo que interesa es la flor, el pájaro o la persona, la interpretación que de ella podamos hacer queda en segundo plano porque, en realidad, lo que queda en segundo plano soy yo mismo. A esa manera de ser atrapado por el interés por las cosas se le llama *sentir*. Sin embargo, todo intento de descripción de lo que es ese *sentir* que no gira sobre sí mismo, es algo que hay que aprender por el ejercicio y el uso.

El sentir, los sentimientos no se pueden apoyar en las creencias, porque lo que se apoya en las creencias se apoya en representaciones. Apoyarse en representaciones es apoyarse en los sustitutos de las cosas. El sentir que se apoya en sustitutos se apoya en ausencias. Apoyarse en interpretaciones es apoyarse en lo que sustituye la presencia de las cosas, en lo que desvía la atención de la presencia.

Esta es la causa por la que los sentimientos que se apoyan en creencias y símbolos tienden a hacerse vacíos e irreales. Los sentimientos en torno a los sustitutos de la realidad se hacen sentimientos sustitutos.

Los auténticos sentimientos sobre las cosas se han de apoyar sobre las cosas mismas, no sobre sus interpretaciones o representaciones.

¿Cómo apoyarse sobre las cosas mismas? Apoyándose sobre un conocimiento de las cosas que no es una interpretación o una representación, un diseño de las cosas, sino apoyán-

dose en un conocimiento que es un "reconocimiento" de la inmediatez de la presencia. Ese es el apoyo sólido del sentir.

Sentir imágenes, creencias, interpretaciones es como sentir diseños de las cosas; ese sentir fácilmente se hace un sentir sustituto porque es un sentir sobre sustitutos. Un sentir así no da un conocimiento sólido porque no es un sentir sólido. Sólo el sentir que reconoce lo que *está ahí* da un conocer sólido. Ese es el más sólido de los conoceres.

Hay que volver nuestro sentir a las cosas, porque esa es la correcta utilización del sentir. Ese es el sentir que revela las cosas. Todos nuestros conocimientos científicos, todo tipo de saber que no sea ese sentir, todos los conocimientos que hemos adquirido o podamos adquirir, deben estar al servicio de ese sentir, porque sólo él revela el auténtico conocer, el conocer que sacia porque se alimenta de *realidad* y no de *diseños de realidad*.

Pongamos un ejemplo de lo que podría ser un sentir irreal. Si yo digo que *amo a Dios* y ese mi amor no está directamente relacionado con el sentir y comprender, esa afirmación mía no es real. Es más, si digo que amo a Dios y mi amor se pierde en una imagen, en una creencia, en un dibujo, por más viejo y venerable que sea, mi amor se pierde en el vacío de una ausencia.

Mi llamado *amor a Dios* debe aterrizar en la realidad de la presencia de lo que me rodea, ¿dónde si no?. Sólo en el sentir, comprender e interesarse incondicionalmente por todo esto que me rodea toma sentido, consistencia y realidad mi amor a Dios. Y no es que pueda afirmar que mi amor a las cosas es fruto de mi amor a Dios -¿dónde haría pie la realidad de mi sentir si no es en las cosas que me rodean?-. Si quisiera dar

consistencia a mi sentir apoyándome en una imagen, lo que de mi sentir volviera a las cosas habría perdido consistencia y sería algo enrarecido e irreal.

El sentir conduce a un saber que es peculiar porque es un conocimiento que es reconocimiento de lo que aquí se presenta. Pero el conocimiento, hemos dicho que todo tipo de conocimiento, debe conducir al sentir. Si aprendemos a utilizar el saber que tenemos sobre las cosas, ese saber nos puede abrir inmensas puertas para el ejercicio del sentir.

Hay que aprender a utilizar el saber de nuestras ciencias para ampliar nuestro sentir.

Hay que aprender a sentir la tierra, cada planta, cada animal y cada ser contando con las inmesidades de los espacios que han sido necesarios para que cada una de esos seres llegue a existir.

Los materiales con los que todo está hecho en este nuestro planeta, se han construido lentamente en el seno de las estrellas. Han tenido que existir las inmesidades de los soles y las inmesidades de sus procesos para que un pequeño ser, una planta o un insecto haya podido llegar a existir. Así es que cada viviente incorpora en su ser esas inmesidades de tiempo, espacio y procesos.

Lo que se dice de los vivientes vale de la tierra que los alimenta y vale del agua que les da vida.

Nuestro saber nos permite comprender que el más pequeño e insignificante ser, el más pequeño insecto, incorpora en su presencia inmesidades de tiempo, de espacio, de complejidad de procesos, de algo que podríamos calificar como inteligencia. Las tramas inimaginables de los espacios cósmicos y de las edades cósmicas, las interdependencias de complejidad, ri-

queza y variedad inabarcables se cruzan y se hacen presentes en cada cosa, en cada ser.

El verdadero sentir de todo debe situarse en esas dimensiones. Así el saber nos puede servir para calibrar la presencia de lo que nos rodea en su auténtico peso.

Cuando se sienten las cosas, no desde la pequeñez de nuestra vida cotidiana sino desde las dimensiones que le son propias, es cuando puede hacerse patente la inmensidad del misterio y de la maravilla de *todo esto que está aquí y que por aquí pasa*. Cuando esta inmensidad de riqueza y belleza empieza a hacerse patente en todo su inconcebible esplendor, entonces puede decirse que se revela el conocimiento. Y ese conocimiento no es un dibujo o un diseño de esa inmensidad sino un simple y sencillo reconocimiento.

Hay que ejercitarse en sentir todas las cosas a la luz de lo que sabemos ya de ellas; así nos libraremos de la pequeñez repetitiva del sentir que gira entorno a las necesidades del yo y podremos sumergirnos en la maravilla siempre nueva y sin fin del cosmos.

Cuando se aprende a sentir toda la realidad que nos rodea y la realidad que nosotros mismos somos, bajo el peso de su inmensidad y autonomía es cuando se pueden utilizar las narraciones, los mitos y los símbolos de las tradiciones religiosas para orientar nuestra indagación en el sentir, ayudados por los grandes maestros de la historia.

Hay que aprender a sentir todas las cosas a la luz de los mitos, símbolos y creencias. No se trata de sentir los mitos, símbolos y las creencias sino que se trata de sentir las cosas a la luz que ellas emiten. Los mitos, símbolos y creencias son lámparas para ver, no para quedar atrapados por su luz.

Hay que ejercitarse largamente en el sentir, utilizando las Escrituras de las grandes tradiciones hasta que nos desvelen un sentir nuevo.

De una forma parecida hay que utilizar los grandes textos religiosos de los maestros. No estudiamos esos textos para construirnos una comprensión coherente y prestigiosa de la realidad; los utilizamos para alumbrar en nosotros una comprensión nueva que nos conduzca a un nuevo sentir.

También este aprendizaje hay que ejercitarlo largamente.

Todos estos ejercicios e investigaciones deben conducirnos a sentir las cosas en su inmediatez, desde el silencio y en la inmensidad de sus tramas en continuo fluir y transformación. Éste es el término de nuestra investigación y lo único que se ejercita en cada uno de los trabajos que se hacen. Y dicen los maestros que cuando se consigue sentir todas las cosas así, todo es como inmenso discurso, como una canción, como una inmensa presencia que arrastra con su peso, su certeza y su belleza, todo es como un inmenso vacío de todo rastro de nuestra pequeñez vacío que nos absorbe como un inmenso agujero negro, todo es como un rostro acogedor que nos mira desde todas partes.

Cuando se sienten las cosas en su pura inmediatez todo se hace como una fuente de agua viva que refrigera, como una vida sin fin que brota desde todas partes.